

Propiedad Literaria Pedida en México y Sur América.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Agente Exclusivo en México

ALFONSO QUIROGA

Apartado 2504

México, D. F.

## MEMORIAS DEL GENERAL VICTORIANO HUERTA

Hermanos míos:

Es necesario que yo escriba estas líneas para que los mexicanos y el mundo entero me conozcan íntimamente, tal cual fui durante mi gobierno.

Yo sé que nunca me comprendieron los que me rodeaban; la divergencia de opiniones sobre mi personalidad ha sido tan grande desde el año de 1910 hasta la fecha, que no creo que haya dos hombres que tengan la misma opinión de mí.

Para unos soy un hombre extraordinario, definición que no dice nada y que por la misma causa fué la más empleada para calificarme. (Lozano, mi Ministro, la inventó). Para otros soy un bandido inteligente; para algunos un genio; para muchos un borrachó tan sólo..... pero cuando alguien ha contestado sinceramente lo que a su juicio le parezco, vacila si se le objeta en lo más mínimo y no sabe decir con toda claridad el concepto que se ha formado de mí.

Los griegos, (creo que así me decía el poeta García Naranjo), practicaban este precepto: "conócete a ti mismo". Y bien, señores, yo no me conozco.

Yo me he preguntado muchas veces quién soy, y nunca he tenido una respuesta que me satisfaga. La verdad, yo no sé quién soy.

Desde luego me creo un hombre fuera del nivel que alcanzaban los más grandes en mi época. Y a que los



superara, si acaso los superé, pues yo sólo puedo asegurar que los dominé, se debieron las circunstancias en que se desarrolló mi carácter.

Me explicaré: Indio de raza pura, tengo las virtudes de los de mi estirpe y muy pocos de sus defectos. Soy—era, más bien,—constante, enérgico, valiente, audaz.

(No se me tome a mal que me elogie, pues también voy a decir mis defectos y a hacer una confesión de todos mis errores, de los que me apresuro a decir que no me arrepiento).

Algunos de mis defectos como hombre, eran cualidades como gobernante. El egoísmo y la desconfianza, especialmente.

Yo creo que un gobernante de México que no tenga en su alma estos defectos o cualidades (como se quiera llamarles) no triunfará nunca.

Yo era egoísta como Napoleón y desconfiado como una rata. Napoleón fué, a mi juicio, el hombre más egoísta de los hombres: sin cultivar su egoísmo como lo cultivó, no hubiera sido nunca el dueño de las tres cuartas partes de Europa. Y es bien sabido que ni a las mujeres amaba, por amarse a sí mismo.

Egoísmo es, pues, a mi juicio, una de las cualidades que requiere todo gobernante para prosperar. Don Porfirio mismo, al que me sentí arrastrado a imitar, no hizo por la educación del pueblo de México todo lo que hizo por el engrandecimiento material. Y es que en éste se amaba y se perpetuaba (grandes edificios, obras materiales, etc.), en tanto que en la educación del pueblo veía una obra que no se realizaría en el transcurso de su gobierno ni en el de su sucesor, así se le supusiera a éste una vida tan prolongada como la del Caudillo.

Fuí desconfiado como una rata, porque había necesitado matar y traicionar para mi prosperidad. Por esto temía infidencias y traiciones de cada uno de los hombres que me rodeaban.

Pero es inútil que quiera mostrar mis virtudes y mis faltas morales como se describe un objeto. Mi alma es de las más complicadas y de las más sencillas. Voy a tratar de mostrarla en la narración de los principales hechos ocurridos durante mi gobierno: voy a confesar todos los sentimientos que me movieron a consumir buenas y malas acciones.

Sin duda que al mismo tiempo que yo me exhibo tal cual soy, ante el mundo, algunos amigos míos van a que-

dar vindicados y sobre otros voy a traer el odio de mis conterráneos. No importa. Estos apuntes están fundados en la verdad y servirán para que se laven culpas y se me juzgue ante la historia.

Yo escribo en el destierro, alejado de las pasiones que se agitan todavía en mi país, sereno como siempre, libre de que los odios que desperté, me hieran en lo más mínimo.

## MI PASADO

Mis biógrafos han hablado mucho de mi niñez, de mi vida de colegio, de mis estudios de ingeniería. Hasta ha habido algunos que han asegurado en letras de molde que soy una notabilidad como astrónomo.....

Recuerdo bien que cuando era Presidente se me elogiaba en muchas ocasiones por mis "profundos estudios en ciencias y artes".

También se relataban en letras de molde, anécdotas sobre mi vida de soldado, y hurgando de modo servil los que me adulaban, encontraron en mi pasado hazañas gloriosas y trabajos que me harían inmortal entre los hombres de ciencia.....

La verdad es que cuando me presenté a Don Porfirio para ponerme a sus órdenes contra la revolución de 1910, yo no tenía pasado.

Sí recuerdo que hice una campaña en Yucatán—como tantos otros; que hice práctica de topografía—como tantos otros y que quebré en una forma poco airosa,—como tantos otros.....

Esto de Monterrey es de alguna importancia, porque se refiere a mis amistades políticas, pero me disgusta el recordarlo y por eso no voy a insistir en ello. Sí diré, y sólo de paso, que el General Reyes, mi protector de entonces, quedó algo disgustado conmigo.

El asunto fué un contrato de pavimentación y se refirió la diferencia, causa de mi quiebra y de mi disgusto, a unos dieciocho mil pesos. Quedé medio deshonorado.

¡Más me costó la amistad del General Reyes! Por ella me tuvo siempre Don Porfirio gran desconfianza y sólo por ella se me postergó y relegó al más completo abandono.

Sin ninguna comisión y muy pobre, viví muchos años. Por humildes tabernas azoté mi vida en unión de aquel mi gran amigo, el tribuno Don Diódoro Batalla; un muchacho Villagrán al que más tarde había de hacerlo Di-



putado, y Chucho de León, un ranchero de Coahuila, muy parejote y buen amigo.

Fraternalmente mataba el tiempo con estos señores y algunos otros, pobres como yo y que como yo sentían la angustia de vivir en la intolerable atmósfera porfiriana. Amigo de los humildes, humilde yo, muchas veces sentí la necesidad de rebelarme, en distintas ocasiones tuve deseos de que cayera Don Porfirio para que los postergados prosperáramos. Ya he dicho que fui reyista.

Pero la oportunidad no se presentó hasta que Don Francisco I. Madero se lanzó a la lucha en las postrimerías del año de 1910.

Tuve en aquellos días en que aparecieron las primeras partidas rebeldes en Coahuila, la idea de que sería aniquilado el maderismo. No creía que se podría derrocar a Don Porfirio con una revolución. La verdad, yo hubiera preferido el golpe de Estado, que es la mejor forma de acabar con un régimen, por viejo y fuerte que sea.

También sufría el desaliento del que ha esperado largos años sin fruto alguno. Me ocurría lo que ocurría a la casi totalidad de los mexicanos: me había acostumbrado a sufrir la tiranía del pequeño grupo que rodeaba al Presidente de treinta años.

Sin duda que mi carácter de militar, me inclinaba también, en aquellos días a sentirme partidario de Don Porfirio.

Recuerdo que al mismo Don Porfirio le dije un día:

—Señor Presidente: déme usted tres mil hombres y acabo con la revolución en el Sur.

Con gusto hubiera ido con mi columna a batir a los zapalistas y a los figueroistas, que en aquel entonces habían levantado a los Estados de Morelos y Guerrero.

No me dió el señor Presidente los elementos que le pedí y por eso la revolución llegó a ser temible en el Sur y hasta a arrojar a Don Porfirio de la Presidencia.

Cuando mi nombre empezó a pronunciarse por todos los mexicanos, fué cuando Don Porfirio me nombró jefe de la escolta de los trenes que lo llevarían a Veracruz para abandonar el poder y su patria.

La noche en que me habló Don Porfirio, todavía tenía yo la esperanza de que la revolución no triunfaría.

Recuerdo que al ver al viejo caudillo rodeado de sus familiares y de sus más íntimos amigos, me acerqué y le propuse limpiar la ciudad de manifestantes, cañoneando a las multitudes.

## LA MUERTE DE UNA EPOCA

Carmelita fué la que primero se opuso. También Don Porfirio se mostró abatido, dispuesto a no oír. Le atormentaban los gritos de la multitud y un dolor de muelas....

—Todavía es tiempo, señor Presidente—insistí.

—Ya no, no es posible—me respondió.

Yo no sentía rencor por el hombre que me había postergado. Por el contrario, era mi devoción para él, en aquel momento decisivo en que preparaba su fuga, más grande que nunca.

Fuera de la casa de la calle de Cadena, la multitud rugía. Llegaban por entre las junturas de las ventanas, los gritos de las chusmas clamando por la democracia y la libertad, vitoreando a Madero y lanzando mueras al Presidente.

Cuando subió al tren Don Porfirio, yo sentí cierta emoción. Partimos y en el camino hubo un asalto por la gente que mandaba un cabecilla apellidado Caloca.

Recuerdo que cuando el tren detuvo su marcha y ordené a los zapadores que batieran al enemigo, Don Porfirio saltó del carro dispuesto a combatir! Tenía en cada mano una pistola. Y no temblaba!

Ya que recogimos unos cuatro mil pesos que llevaban en una mula los maderistas, nos dispusimos a la marcha. Yo dije a Don Porfirio:

—Ordene usted, señor Presidente.

—Usted es el jefe del tren, compañero—me contestó.

Era un militar mi General Diaz. Todavía debe ser un militar. Por eso yo sentí tanta atracción hacia él. Ni en los momentos de peligro olvidaba su papel de militar, y no se olvidaba que me había dado una misión.

Cuando volví de Veracruz, durante el camino, solo en el tren, medité en este pensamiento que nunca se me había presentado tan claro aunque me obsesionó mucho tiempo: YO SERE PRESIDENTE DE MEXICO.

¿Por qué se me ocurrió tal cosa? ¿Qué proceso siguieron mis ideas hasta llegar a este pensamiento? Mis emociones de ver sentir, a un gran hombre destruido por una revolución a la que yo no le daba ninguna importancia, ¿me hicieron ver como empresa fácil alcanzar el Poder?

¿Fué acaso la ambición que tal vez vivía en mí desde tanto tiempo lo que me hizo anhelar el primer puesto entre los mexicanos, en aquel momento que había caído el más grande de los obstáculos?



No lo sé; pero una hora después me había bebido una botella de cognac.

Cuando llegué a México comprendí que la situación de todos los oprimidos por Don Porfirio Díaz, había cambiado. Las cárceles se abrían para dar libertad a los reos políticos; hombres oscuros obtenían puestos públicos; se veía al señor de la Barra, Presidente de la República, con gran facilidad. Era otro México, del todo distinto, al que había yo dejado.

El México de Porfirio Díaz había muerto.

### LA SALVACION DE ZAPATA

Yo fui un amigo íntimo del señor de la Barra. Cuando le di parte de mi comisión, me recibió con sonrisas y abrazos y por éstos y aquéllas, comprendí que mi situación iba a cambiar para siempre.

No se necesitaba mucho para captarse las simpatías del señor de la Barra. Era tan vacilante y su situación de Presidente Interino tan falsa, que procuraba hacerse de amigos a toda costa, y para ello los tomaba de los más próximos a él. Yo me puse cerca.....

Cuando me nombró para hacer la campaña contra Zapata, sentí tal alegría que pude disimularla con trabajo, no obstante que mi rostro es de indio y por tanto inmovible.

Si, señores: la situación del Ejército en aquel momento era inmejorable.

La revolución no lo había derrotado. Se conservaba íntegro con sus tradiciones, con su prestigio: formado por antiguos jefes y por una oficialidad joven e impetuosa, salida de los dos Planteles militares que enorgullecían a Don Porfirio.

La Nación y hasta la Revolución, sentían un profundo respeto por el Ejército. Sólo ejemplos heroicos, sólo nobles y bizarras acciones era lo que la Institución tenía en su haber.

"Si el señor de la Barra—pensé un día—no entrega el Poder a Madero (y no debe entregarlo, pues en México no se entrega el Poder nunca)—¿qué sucederá?"

Yo mismo me contestaba: una gran parte de la revolución se unirá a este Ejército para sostener al Señor de la Barra, salvando a la República de una catástrofe. Y como a mí me estima el Señor de la Barra y como la revolución me ataca porque fui a dejar a Don Porfirio, yo

seré Ministro de la Guerra. Cuando pensé esto, también me tomé una botella de cognac.

Empezaba el señor Madero a defender a Zapata cuando yo, con mi columna, iba a batirlo a Morelos.

Permitaseme que abra un paréntesis para referirme a la prensa, pues mi opinión sobre ella servirá mucho a los que leen estas líneas, para formarse una idea de mí.

Yo temo a la prensa. Desde que conocí las campañas que se hicieron contra Don Porfirio y también el miedo que inspiraban al Caudillo los ataques impresos, sentí aversión para los periodistas.

Por los castigos enérgicos que siempre impuso Don Porfirio a los periodistas; por la tolerancia que siempre tuvo el mismo para los gobernantes que castigaban a aquellos, hasta arrojándolos vivos a un horno, como lo hizo Cravioto en Pachuca; por todo esto, yo sentía aversión a los periodistas.

Instintivamente comprendía el poder que estos hombres tienen en sus manos; y también la educación política porfiriana nos decía que había que comprar o matar al periodista.

Pues bien: en la prensa pulsaba yo la opinión pública: Y veía que una y otra eran hostiles a Zapata.

Estaba convencido de que Zapata era un guerrillero a quien con toda facilidad se podía destruir. Ni guerreros, ni elementos y en un pequeño Estado, los zapatistas podían ser aniquilados muy fácilmente.

Sin embargo, yo retardé la campaña, la captura de Zapata. Quería dejarle tiempo al señor de la Barra; quería que al fin se deshiciera la tempestad que iba formándose sobre la cabeza de aquel Caudillo de la revolución que empezaba a atacarme por la prensa.

Tuve en mis manos a Zapata; podía cortar el telégrafo y acabar con él, cumpliendo las órdenes que para ello tenía; eso es muy fácil para cualquier jefe de columna que quiere hacer lo que le han ordenado y lo que sabe que le van a impedir que ejecute.

Pero pensé que si mataba a Zapata, crecía mi prestigio de militar, pero terminaba mi encumbramiento, que se iniciaba tan bien, pues Madero no me perdonaría que yo acabara con la fuerza que quería conservar para batir a de la Barra en el caso de que éste no quisiera entregarle la Presidencia.

No esperaba yo nada de de la Barra: sus vacilaciones y su cobardía para tomar una resolución, me indicaban



a las claras que estaba perdido irremisiblemente. ¡Había, pues, que trabajar para el nuevo Presidente! ¡Zapata se salvaría!

Cuando tomó posesión el señor Madero, me retiró inmediatamente, pues no era grato y se me atacó con rudeza en la "Nueva Era", órgano de la revolución. Se me llamaba reyista y se me hacían algunos cargos.

Fui a dar mis explicaciones al señor Madero.

Creía el público que yo contestaría por la prensa; pero yo comprendí que entablar una polémica era la muerte.

Lo convencí. Mis protestas de lealtad se extendieron hasta Don Gustavo Madero, al que fácilmente logré hacer mi amigo. Cenamos juntos con Sánchez Azcona, en Sylvain.

Menudearon mis visitas a Don Gustavo. Cada vez que podía le declaraba mi devoción por su hermano.

Vino por entonces el movimiento reyista. Comprendí que fracasarían, pues en esta ocasión como en otras ví con toda oportunidad lo que tenía que ocurrir al fin.

Es verdad que mi General Reyes era mi antiguo protector. Pero preferí seguir mis asuntos, pues me había costado muy cara su amistad. Ni los diez y ocho mil pesos de la pavimentación me compensaban la pérdida de prosperidad de tantos años!

### LA DIVISION DEL NORTE

Seguí siendo ardiente partidario de Don Gustavo y de Don Francisco Madero.

No hice, pues, caso a las insinuaciones de algunos amigos.

Cuando el señor Madero me dijo que era yo el designado para reparar el revés que las fuerzas de Pascual Orozco habían causado al Ejército Federal en Rellano, sólo le pedí una cosa: que me dejara escoger los elementos para hacer mi campaña.

He dicho que fui reyista; pero en verdad yo no me distinguí nunca por inoportuno. Mi General Reyes fracasó por ésta falta de oportunidad. Es mía la frase que se pronunció mucho en México a raíz de la muerte de mi antiguo jefe: "El General Reyes fue inoportuno hasta para morir".

Yo no: con calma he esperado siempre que se desarrolen los acontecimientos que tienen que señalarme un momento oportuno.

En esto ha estribado una gran parte de mi fuerza: en saber esperar. Si sufrí resignado todo lo que Don Porfirio me hizo durante tantos años, ¿por qué no iba a esperar un momento durante unos cuantos meses?—pensaba yo entonces.

Y fué esto y sólo esto lo que me há servido para triunfar.

Busqué elementos para ir a la campaña, dando mucha importancia a esta gestión cuando en realidad no me importaba llevar a cualquiera, pues en el caso de que no me sirviera un hombre, podía mandarlo a México o no darle ninguna misión.

Y puede decirse que desde el día en que quedé con el mando de la División del Norte, mi éxito político estaba asegurado.

Aproveché el momento del desastre para pedir elementos. Pedí cuanto quise; lo mejor del Ejército; los jefes más valientes y los oficiales más aptos quedaron a mis órdenes.

Marché a Torreón y lo hice con tal lentitud que quedaron sorprendidos mis subordinados y el señor Presidente. Yo caminaba despacio, porque sólo así se va al éxito. En el camino iba conociendo a mis subordinados.

Rábago, Priani, Rubio Navarrete..... Con aquellos tres hombres podía llegar a Chihuahua. Rábago era bravo, Priani también, Rubio era organizador y bravo.

El entusiasmo de la oficialidad que me acompañaba, levantó el espíritu de los que ya se creían vencidos.

Aproveché las cualidades de Rubio, en quien había descubierto, como ya he dicho, a un gran organizador. En poco tiempo nuestra División, la División del Norte, a la que he llamado y llamaré "el primer poder de la América", marchó al encuentro de Pascual Orozco.

En el primer combate, en la falda de la Sierra de Banderas, Conejos, el empuje de nuestra columna iba a causar la derrota definitiva de los oroquistas; pero.....

Una derrota violenta significaba para mí escaso éxito. Se hubiera hablado de mi División, se me hubiera ascendido; pero nada más. Y yo no quería un ascenso: yo iba a exigir por aquella campaña, el Ministerio de la Guerra!

Es tan antigua como el Ejército Mexicano la "táctica" de prolongar las campañas. Las campañas producen prestigio y dinero. Mientras más larga es la campaña, es más productiva.



Y yo, siguiendo lecciones antiguas, prolongué la campaña.

El General Joaquín Téllez, inepto y caduco, fué el encargado de cargar sobre el enemigo, de destrozarlo. Naturalmente, el enemigo tuvo tiempo de embarcarse en sus trenes y huir.

El espíritu de mi columna creció entonces; con aquella victoria ya no era posible tener derrotas.

Siguió la marcha victoriosa.

Es verdad que yo bebía cognac todos los días y a todas horas, pero podía hacerlo. Al cuidado de las tropas iban jefes competentes. Por esto cuando dimos la acción de Rellano, logramos el triunfo, no obstante que hubo un gran desorden.

No quiero tener la gloria para mí solamente. La artillería que mandaba Rubio, y el reconocimiento que hizo este joven jefe, fué todo. El es, con sus oficiales, con toda la División, quien triunfó en Rellano.

### LOS MILITARES POLÍTICOS

Pero si Rubio triunfó allí y Rábago obtuvo un triunfo de los más grandes en el combate de la Cruz, donde sin artillería venció a los oroquistas, el triunfo político era mío.

Político he dicho y no retiro la palabra. Política era la que estaba yo haciendo: política en favor de mi persona: atraía con las victorias, la atención de toda la República. La prensa empezaba a hablar de mí poniéndome en parangón con Don Francisco Madero; se me señalaba como el salvador de éste.

Sobre el campo de operaciones yo me dedicaba a hacer amigos. Me adoraba la tropa; los jefes y los oficiales, todavía resentidos por el triunfo de la revolución, volvían a mí los ojos, deseosos de que yo fuera el vengador del Ejército, como se atrevió a decirlo un jefe en un banquete que se me ofreció.

Recibía felicitaciones de los políticos y cartas entusiásticas de militares que querían unirse a mi columna. En una palabra: progresaba en mi camino hacia la Presidencia.

El incidente de Villa, debido a una yegua, y otros pequeños choques con don Abraham González, Gobernador de Chihuahua y uno de los más fervientes amigos de don Francisco Madero, hizo que se emprendiera una campaña

en mi contra por Emilio Madero, que iba como Coronel honorario en la División de mi mando y por el citado don Abraham.

Uno de mis oficiales me dijo que Emilio Madero había presumido que yo no sería leal a su hermano. Era verdad esta acusación que se hacía al Coronel Madero, de murmurar. Pero me callé y lo traté mejor.

Al llegar a Chihuahua, ya batido y aniquilado Orozco, los oficiales de la División del Norte no tenían empacho en declarar su hostilidad al gobierno y su adhesión a mí.

En banquetes, en cantinas, en casas particulares, gritaban los oficiales vivas a mi persona, y mueras al Presidente Madero.

Yo pensé que no era el momento oportuno.

Quise acallar las murmuraciones; pero no lo hice en forma que se ofendieran mis amigos los oficiales y jefes, a los que sin que ellos lo supieran, había convertido ya en "propagandistas políticos".

Yo fui quien mezcló a los militares en política. Yo fui quien no reprimió las manifestaciones políticas de los soldados contra el Primer Magistrado de la Nación. Soy el autor—con ello—de la resurrección de los cuartelazos en México; el causante de la ruina de la institución que vió con repugnancia el complot de Tacubaya, porque en él estaban mezclados algunos oficiales, y que luego tomó parte en asonadas de toda especie.

Pero lo hice para servir mis planes políticos; no lo hice inconscientemente.

Cuando el señor Presidente me llamó a la capital de la República, me presenté acompañado del jefe militar que traía un prestigio ganado sólo con esfuerzos sanos, Rubio, y le protesté mi adhesión.

Un día que le llevé unas fotografías de un tiro de ráfaga, me encontré al gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, que me saludó con frialdad. Vi en éste hombre a un enemigo: él también quería ser Presidente y me había adivinado.

Muchos oficiales y jefes de mi columna me propusieron la rebelión. ¿Si la División del Norte había triunfado de la revolución oroquista; si habíamos derrotado a la fuerza armada más poderosa de cuantas hasta aquellas fechas se habían enfrentado con el gobierno, si el Ejército estaba representado por mi columna, que era el único núcleo formidable, invencible, por qué entonces,



no nos rebelémos contra el Presidente y lo derrocámos de un solo golpe?

Ante todos, la empresa se reducía a volvernos hacia la Capital de la República y tomarla en un combate en el que, con toda facilidad y de antemano, llevámos las más grandes ventajas. Así pensaban todos menos yo.

La División del Norte tenía, entre sus componentes, algunos cuerpos de antiguos maderistas, revolucionarios algunos de prestigio. El mismo Emilio Madero formaba—como ya he dicho—parte de mi columna. Y por más que había hecho esfuerzos para atraerme aquella gente, no lo había conseguido. Emilio Madero era el defensor de los maderistas de mi columna. La gente de Villa estaba aún con nosotros. Abraham González trabajaba por don Francisco Madero con gran tenacidad.

También algunos oficiales y jefes de mi columna parecían conservar su independencia de criterio. El General Rábago, Trucy Aubert y Rubio Navarrete, no me hubieran seguido.

Por esto no me rebelé contra Madero cuando era jefe de la División del Norte.

Ya he dicho que el señor Presidente Madero me recibió muy bien a mi llegada a la capital. Don Gustavo también tuvo para mí grandes elogios y yo procuré hacerme agradable a este hombre, en el que siempre ví una fuerza política enorme en los asuntos de la Administración Maderista.

Pero si para Madero era yo un hombre leal, para su Gabinete era un traidor. La política que me había hecho don Abraham González daba sus frutos.

Inopinadamente, cuando yo menos lo esperaba, el señor Presidente me comunicó que cesaba en el mando de la División del Norte.

Estaba yo en México y era un día de mi santo cuando recibí la noticia de que todo aquello que yo había creado, aquel poder que llamaría con orgullo, repito, "el primero de la América", se venía por tierra.

Medité fríamente. Bebí muchos días más de lo que acostumbraba y..... esperé!

### LA CORRUPCION DEL EJERCITO

Los políticos y los conspiradores de México ya me señalaban como el único hombre capaz de derrocar a Madero.

Había fracasado mi discípulo Félix Díaz en Veracruz. El desaliento de los que creyeron en Félix como en un salvador, era notorio. Sólo León insistía, con mi buen amigo Rodolfo Reyes, en salvar la vida del prisionero de Ulúa.

Pascual Orozco había cruzado la frontera del Norte y sólo Marcelo Caraveo, su segundo, seguía combatiendo, con muy escasos elementos y sin poder resistir los ataques que las autoridades americanas hacían a la revolución, negándole la entrada de cartuchos y de armas.

Y bien, en aquella atmósfera de maderismo triunfante, yo respiraba ya el aire del triunfo.

Yo no creo en la opinión pública ni en el prestigio de los hombres. Para mí es igual utilizar a mi sobrino Joaquín Maás que al General Rábago. A la época de terror que desarrollaron mis Ministros, nunca le dí importancia, cómo no se la daba a las medidas de conciliación.

Creo que para un gobernante es igual que los hombres que lo rodean, distribuyan oro o que asesinen.

Esto lo he comprobado en mi administración. Para mí, pues, todo es el éxito.

Una vez se lo dije a mi compadre Urrutia: Si yo tengo armas y hombres, yo triunfo y hasta lo feo se me quita, compadre.

Por eso me importaba muy poco el prestigio de Madero; yo seguía pendiente de los sucesos que se desarrollaban en el corazón del Ejército: allí estaba todo!

Como he dicho, yo mezclé en política a mis oficiales y esta labor, hecha por mí con toda conciencia, la hizo don Francisco Madero con toda inconsciencia. Y señores, un militar que hace política, cuando no es un Porfirio Díaz, está perdido, irremisiblemente perdido.

Imagináos un ejército que sigue a su jefe por simpatía que va más lejos que la que debe tener un subordinado para su superior: si el jefe le contraria, lo abandona en el acto.

Pero yo hice política hasta con los ascensos. Yo ascendí tan rápidamente a mis oficiales, que en menos de tres meses me ví rodeado de Napoleones! Todos se creían con dotes de mando; todos se consideraban postergados por los superiores que Madero me había enviado en calidad de Coronales honorarios; y todos veían en mí al hombre que había de concederles el generalato que los librará de aquellos Coronales de petate!

La oficialidad que escapó a esta acción mía, fué tan



sólo una reducida parte del gran núcleo militar que era a mis órdenes. Para ella tengo una frase de admiración.

El señor Presidente dijo en uno de sus discursos del Colegio Militar, a los alumnos del mismo: "El día que yo me aparte de la línea del deber, los autorizo para que vuelvan sus armas contra mí."

Yo no comprendo, pero tampoco puedo comprender a Francisco Madero. Y eso que éramos tan diferentes!

"La Tribuna", órgano que cooperaba a mi labor política por la asombrosa habilidad que desplegaba su director, el señor licenciado Don Nemesio García Naranjo, enemigo de los más inteligentes de la revolución, inició una campaña disolvente como ninguna, incitando al Ejército a rebelarse contra el Gobierno.

Era frecuente que García Naranjo y yo nos reuniéramos en la casa de mi compadre Urrutia para hablar de política. Allí se me incitaba a revolucionar contra el Presidente Madero. Discutíamos todas las posibilidades, pero yo siempre me mostraba reservado para dar mi opinión.

La campaña que en la Cámara de Diputados inició el llamado "triángulo parlamentario", que estaba integrado por los licenciados José María Lozano, Francisco M. de Olaguibel y García Naranjo, crecía diariamente en interés por el licenciado Querido Moheno, que se había separado del grupo maderista y pugnaba contra él demostrando una gran actividad.

Así es que con mi oficialidad, que hacía ya labor sediciosa en varios puntos de la República, y con "La Tribuna", que encarnaba las aspiraciones de los militares y decidía a éstos a la sublevación, yo veía muy próxima la oportunidad de asestar un golpe de muerte al maderismo.

Otra de las razones por qué no me sublevé en esos días contra Madero, no puedo explicarla lo suficiente para ser comprendido. Sin embargo, voy a tratar de hacerlo, pues para los que tengan interés en conocer hasta lo más profundo de mi alma, es muy importante que les diga esto.

El alcohol ha neutralizado en mí la acción, sólo en parte. Dígase lo que se diga, el alcohol mata las energías y a muchos hombres los aniquila por completo. A mí no me produce un efecto tan decisivo, pues pocas veces he quedado en el estado de inconsciencia en que quedan los que beben mucho en pocas horas, pero sí en mi larga vi-

da ha ido minando mis facultades. Débese a esto que se repitieran muchas torpezas durante mi Gobierno; también que ocurrieran en tantas ocasiones los mismos errores.

Yo dejé hacer muchas cosas porque no podía impedirlo más que por un momento; pero si la falta cometida por mis amigos se repetía, entonces les dejaba hacer lo que les viniera en gana, sin objetar nada, sin oponerme, sin mostrar enojo.

Por otra parte, yo siempre tuve fe en mi destino. No creo que pueda ocurrir nada que no esté previamente señalado por los hechos anteriores: Soy fatalista como todos los indios, y al mismo tiempo soy creyente.

### MI ODIO A MADERO

Pues bien, para no rebelarme en tiempo inoportuno, concurrí, principalmente, mi falta de acción. El alcohol mataba mis anhelos de prosperidad, me obligaba a dejar pasar los acontecimientos sin que yo tuviera otra idea que ésta: yo aprovecharé el momento oportuno para derrocar a Madero.

Mi aversión por el señor Presidente y por su hermano, crecían en mi corazón en las largas horas de tedio que vivía en mi casita de la calle de la Colonia de San Rafael.

Pasaba el día bebiendo con mis amigos y oyendo las quejas de éstos, quejas muy amargas y que escondían esta sola intención: que me sublevara.

Mis ahorros como Jefe de la División del Norte llegaban a treinta mil pesos. Construía con gran actividad unas casitas, realizando con ello uno de mis ensueños acariciados durante toda mi vida.

Los conspiradores contra don Francisco I. Madero empezaron a asediarme. Uno de mis oficiales—no diré su nombre nunca—me propuso la sublevación en una forma tan violenta y tonta, que tuve que decirle:

—Si vuelve usted a proponerme tal cosa, lo mando a Santiago. (Prisión militar).

Lo hubiera hecho, pues ya he dicho que a mí no me importaba nadie de los que me rodeaban: a nadie quería ni a nadie quiero. Además, ya don Francisco Madero estaba abrumado por las denuncias que se le hacían de mí. Todos veían en mi persona a un traidor, todos menos él.

Por fin ocurrió el Cuartelazo de febrero, movimiento



que se denominó impropriamente felixista, cuando no fué sino reyista, pues a él concurren todos los elementos reyistas.

Convencí a mis amigos de que yo no conspiraba, y sin embargo, alenté a todos a conspirar: hice creer, no en mi lealtad, sino en mi abstención, y Mondragón se lanzó a la ventura en que quedó envuelto mi discípulo Félix y muerto mi jefe, el señor general Don Bernardo Reyes.

Antes me había propuesto Enrique Cepeda, capturar al Presidente.

El plan de mi compadre, porque Cepeda no sólo era mi amigo, sino también mi compadre, pues me había prestado servicios que yo correspondí llevando a una de sus hijitas a la pila bautismal, era tan sencillo como seguro; pero inútil para mí.

Se trataba de capturar al señor Presidente cuando pasara por el Paseo de la Reforma, cosa que hacía todas las mañanas, y llevarlo en un automóvil hasta Mofelos, o fusilarlo.

Para mí la sola desaparición del señor Presidente, era inútil y hasta contraproducente: el grupo maderista hubiera seguido en el Poder. Para condensar: mi odio hubiera quedado satisfecho; pero..... yo quería ser Presidente!

Deseché la proposición, en la que sólo se exponían Cepeda y uno de mis ayudantes.

Me habló Mondragón para conferenciar sobre la sublevación que se iniciaría con un cuartelazo en la capital. Mi general Reyes quedaría al frente del Gobierno y mi discípulo Félix en un Ministerio. Yo en el de Guerra. Yo exigía la Presidencia. El general Reyes, al saber mis aspiraciones, dijo:

Mándenlo a la.....

### EL FRACASO DE DIAZ

No sé por qué llaman inteligente a Mondragón. Es activo, activísimo; pero no inteligente. Proponerme que le diera todo mi prestigio militar, que era "nacional", a mi General Reyes, que había fracasado, era desconocer mis ambiciones, era crearme un soldado vulgar, con aspiraciones a un Ministerio! A mí, que era todavía en espíritu y casi en realidad, el Jefe de la División del Norte, el poder militar que a un llamado mío, aplastaría a cualquiera que se enfrentara.

Señores, el político que no conoce a los hombres, no es político ni es inteligente. Y Mondragón necesitó que yo lo aniquilara para conocerme!

Varios oficiales me comunicaron que la sublevación de los reyistas y felixistas, iba a estallar dentro de una hora. Me dormí tranquilo y esperé.

Es muy difícil triunfar en las ciudades por un cuartelazo. Si se obtienen rápidos triunfos, pero tan efímeros que no recuerdo en estos momentos sino fracasos para los que se han alzado contra el Gobierno en la Capital de la República.

El mismo oficial que me comunicó detalles de la sublevación de algunos oficiales de la Escuela de Aspirantes, me despertó más tarde, en la mañana del 9 de Febrero, y me dijo: que se iba a poner en libertad a mi jefe el General Reyes.

Entonces cruzó por mi mente una idea: batir a los del cuartelazo y crecer ante los ojos del señor Presidente; obtener la Cartera de Guerra y así llegar por alguna combinación a la Presidencia de la República.

La desorganización de aquel grupo de oficiales y civiles que mandaba Mondragón, era tan notoria que con un escuadrón de rurales yo los hubiera pasado a cuchillo en media hora.

Pensaba en esto al salir a la calle, para conocer la verdadera situación; pues la idea general ya la conocía muy bien, cuando me dijeron mis oficiales que mi jefe había sido muerto frente al Palacio Nacional.

Tomé un automóvil para dirigirme a la Comandancia Militar.

¿Qué pensé en el camino? Las noticias que me habían dado, aseguraban un éxito a favor del Gobierno. Muerto el General Reyes y disuelto el núcleo de fuerzas que lo habían seguido en su aventura, era de suponerse que el cuartelazo había fracasado. De pronto me asaltó esta idea: mis enemigos pueden aprovecharse de mi situación actual y complicarme en el movimiento fracasado; pero si llego a tiempo de ayudar a la extinción de la asonada, entonces recupero el lugar de estimación en que me tienen los próhombres del gobierno.

Saqué la cabeza fuera de la ventanilla para ordenar al chauffeur que apresurara la marcha del automóvil, y en aquel momento vi al Presidente Madero.

Yo no dudé nunca de que Don Francisco Madero supiera enfrentarse ante una situación difícil; y aún más: